El viejo no estaba preparado para responder á esta deducción; se desconcertó y respondió como postrera esperanza:

—¡Somos tus fieles esclavos, Augusto! Mi hijo sirve como ayudante del estratega en una fortaleza lejana en la frontera romana y sus superiores están satisfechos de su comportamiento...

—¿Galileo también?—interrumpió Juliano.

—Sí,—respondió el viejo asustado y arrepentido apenas hecha su confesión.

—Has hecho bien avisándome. Los galileos, enemigos declarados del Augusto romano, no deben en adelante ocupar los altos empleos del imperio, especialmente en el ejército. También en este punto estoy de acuerdo con vuestro Maestro. ¿Es por ventura justo que los discípulos de Jesús administren justicia con arreglo á las leyes romanas cuando El ha dicho: «No juzguéis y no seréis juzgados» y que los cristianos acepten de nuestra mano la espada para la defensa del imperio cuando su Maestro les advierte: «Que quien toma la espada perecerá por la espada», y añade: «No combatas á los malos por la fuerza»?... Y como nos preocupamos de la salvación del alma de los galileos, les quitamos la justicia y la espada romanas á fin de que más fácilmente, sin defensa, inermes, ajenos á cuanto es terreno y frívolo, puedan penetrar en el reino de los cielos!

Con interior sonrisa, muda, lo único que desarmaba su odio, el emperador se alejó rápidamente hacia el templo de Apolo. Los viejos gemían tendiendo hacia él los brazos.



—¡César!... No sabíamos... Toma nuestra casa, nuestra tierra, todo lo que tenemos, pero ten piedad de nuestro hijo!

Los filósofos quisieron entrar en el templo, mas con un ademán los detuvo el emperador.

—He venido sólo para asistir á la fiesta y solo ofreceré el sacrificio... Entremos,—añadió dirigiéndose á Gorgio...—Cierra las puertas para que no entre nadie que no sea consagrado...

Las puertas se cerraron, quedando fuera los amigos filósofos.

—¿No consagrados? ¿Os gusta eso?—preguntó Gargulio preocupado.

Libanio, disgustado, callaba.

Mavrico, con aire misterioso, llevó á los demás amigos á un rincón del pórtico y murmuró algo que no pudo ser oído más que por los que estaban cerca, y al propio tiempo se llevó el dedo índice á la frente.

—¿Comprendéis?

Todos se quedaron pensativos.

—¿Es posible?

Mavrico comenzó á decir:

—En primer lugar, rostro pálido, mirada brillante, cabellos en desorden, pasos desiguales, discursos incoherentes. Además dureza y excitabilidad excesivas. Tercero: esa estúpida guerra contra los persas!... ¡Por Palas que la locura no puede estar más manifiesta!

Los amigos estrecharon el corro y comenzaron á hacer toda suerte de comentarios. Salustio que es-

taba algo alejado contemplaba el conciliábulo con amarga sonrisa.

Dentro pel templo, Juliano encontró á Hefesión. El niño se alegró al verle y durante el oficio clavó varias veces su mirada en los ojos del emperador, como si entre ellos existiera un secreto común.

La enorme estatua de Apolo, iluminada por el sol, se elevaba en el centro del templo; el cuerpo de marfil, los ropajes de oro como los del Júpiter de Fidias en el Olimpo. El dios, ligeramente inclinado, vertía el néctar de su copa á la Tierra-Madre, rogándole que le devolviese á su Dafne.

Una ligera nubecilla pasó por sobre el templo, las sombras se estremecieron bajo el márfil dorado por el tiempo, y á Juliano parecióle que el dios se inclinaba más con una amable sonrisa, para recibir la ofrenda de los últimos adoradores: el débil sacrificador, el emperador renegado, y el hijo sordomudo de la sibila.

—He aquí mi recompensa,—pensaba Juliano.— No quiero más gloria que esta, Apolo. Te doy gracias por la maldición de la multitud, y por la merced que me haces de vivir y morir solo, como tú. ¡Donde el populacho ora, no está dios! ¡Tú estás aquí en este santuario profanado! ¡Oh dios rechazado por los hombres, eres ahora más bello que cuando te adoraban! El día marcado para mí por las Parcas, deja que me reuna á tí, oh Radiante, deja que muera en tí, Sol, como en el altar el fuego de la última ofrenda muere en tus rayos!

Así oraba el emperador, en tanto que las lágri-



mas rodaban por sus mejillas, y que lo mismo que las lágrimas, caían una á una las gotas de la sangre de la víctima, sobre los carbones consumidos á medias.